

El español, en apuros

Rafael de Andrés*

Más que una anécdota

ME contaba un amigo, al volver de México, la respuesta recibida a su pregunta por el paradero de alguien: «Está *watcheando la Tivi*» («Está viendo la TV»)... Sin duda, en España no hemos llegado tan lejos todavía en el «spanglish», pero todo se andará, al paso que vamos. No se trata de un alarmismo infundado, sino de una realidad creciente a ritmo galopante, en proporción geométrica.

¿Causas? La omnipresencia del inglés en los medios de comunicación (invasión de películas norteamericanas en la gran y pequeña pantalla), en la canción (millones de discos, programas de radio y televisión), en la ciencia y la técnica actuales, en el mundo de la informática (ordenadores, internet...). La siguiente narración está compuesta de frases y titulares reales como la vida misma:

* Director de Publicaciones de la CONFER. Madrid

«Esta mañana he desayunado en plan *fast-food*, porque tenía que ir de *picnic* al *camping*, donde me esperaba un *affair(e)* importante. Al cruzar el *ball* de mi finca, eché una ojeada al periódico: “El *dream team* del flamenco”, “El millonario *holding* del juego”, “La *jet set* sigue en Marbella”. “El *boom* inmobiliario”, “El nuevo *look* de la *beautiful people*”. Ya en la calle veo en un escaparate: “Rebajas segundas: *Man... Woman...*”. Luego, para ganar tiempo, sintonizo la radio del coche: “El *marketing* sigue boyante porque el *stablishment* también lo está”, “El *apartheid* sudafricano ha dejado a los negros fuera del *ghetto*”, “La llegada de un nuevo *crack* al equipo blanco le hará ganar el *derby* pero perder el *open*”. “El *play off* tendrá color local”... Observo las camisetas de los jóvenes: *Explorer*, *OK*, *L.A. University* y mil titulares en inglés, así como sus carteras-mochilas, todas de marcas *USA...* Al llegar a la oficina, consulto el *E-mail* y repaso novedades de las páginas *web*. Luego, me concentro en mi *computer* para aprovechar el *software* al máximo de *bits*. En el comedor de la empresa nos traen comida de *catering*, aunque algunos van al *Burger* de la esquina. Al volver a casa, me engancho al *Internet* —mi *hobby* preferido— para navegar en el *cyberspanglish* (1), compongo un *puzzle*, enchufo la tele para ver mi *reality show* favorito, y luego un *film* en *pay for view*: se trata de un *psychotriller* emocional. Antes de acostarme, escucho unos *cassettes* de *rock*, *country*, *soul...* hasta que me quedo *out*.»

¿Habla usted español?

Y si, del «spanglish», pasamos al mal uso del español en la calle y en los medios de comunicación, el deterioro se acentúa. En el párrafo siguiente sólo pretendo dejar constancia de algunos errores cotidianos en el castellano al uso:

«En el centenario del Císter (por Cister), habían (por había) muchos médicos de Sanítas (por Sánitas) que distribuían recetas para el Insálud (por Insalud); es por eso *que* (en lugar de por eso, o es por eso por lo que) no lle-

(1) Título inventado por Yolanda Rivas para su diccionario sobre la nueva jerga intermética, híbrido entre español e inglés, que traspasa las fronteras entre Estados Unidos y España y constituye el argot de 600 nuevos vocablos con que se entienden los incontables cibernautas de ambas orillas del Atlántico. He aquí unos cuantos ejemplos de este «spanglish» cibernético que nos acecha: *linkar* = enlazar, *atachear* = enviar un documento, *poner un banner* = insertar en una página *web*, *chatear* = conversar, *cliquear* = hacer clic con el ratón, *deletear* = borrar, *emaltear* = enviar un correo electrónico, *hacer exit* y *quitear* = salir, *efétear* = transferir por FTP, *mouse* = ratón, *previu* = visualizar, *hacer un replay* = responder, *resetear* = reiniciar, *zippear* = comprimir un archivo (cf. Fdo. García, en *El país de las tentaciones*, 13-02-98).

gamos a la bendición *urbi et orbe* (por *orbi*). Menos mal que el abad *cesó* (por destituyó) al médico jefe del *team* (por grupo), por no concientizar (por concienciar) a los componentes del *casting* (por reparto). Al final, habrá dos referéndums (por *referenda*) sobre los currículums (por *curricula* o currículos) necesarios para aprobar el traslado a USA (por EE.UU.). El por_qué (en lugar de el porqué) de este *test* (por esta prueba) se debe al dequeísmo mal usado: pienso *de* que (por creo que) y estoy seguro *que* (por estoy seguro de que), y al error de *preveer* (por prever, ide pre y ver!) los efectos en lugar de proveer las causas».

Pero no basta con caer en la cuenta de tan numerosas agresiones contra el español hablado y escrito en nuestros días. Tras el diagnóstico, hay que intentar recetar remedios adecuados.

Remedios institucionales

EN cuanto al «spanglish», habría que ser consecuentes con el dolor que sentimos por la ley del «English only» que se intenta implantar en Estados Unidos. Si creemos que merecen más respeto los millones de hispanohablantes que viven allí, en el uso de su lengua, ¿por qué no procuramos hablar y ayudar a hablar mejor el español entre nosotros?

Supuesto que la invasión de vocabulario de origen inglés está a la orden del día en la actual civilización científico-técnica, ¿por qué la Real Academia Española de la Lengua no tiene una comisión especial para prever y proveer los neologismos adecuados, antes de que cuajen los términos ingleses en el lenguaje oral e impreso?

No basta que el Boletín de la RAE anticipe las nuevas palabras que incorporará la próxima edición del Diccionario de la Lengua Española del año 2000, cuando ya están en circulación hace tiempo. Así, por ejemplo, *affaire*, *airbag*, *bacón*, *camping*, *catering*, *CD-rom*, *doping*... ¿Tan difícil sería buscar en el abundante vocabulario español palabras equivalentes a tales vocablos extranjeros? Y a otros muchos que diariamente invaden nuestros escritos y conversaciones, como *overbooking*(!), *copyright*, *off the record*, *off course*, *ombusman*(!), *ranking*, *picnic*, *in-out*, *cassette*, *diskette*, *crack*, *E-mail*, *apartheid*(!), etc. ¿Acaso no tienen traducción todas estas expresiones y mil más, algunas de ellas tan duras y tan ajenas a nuestra lengua?

Además del trabajo de esa comisión permanente de la RAE para castellanizar los nuevos vocablos anglosajones, algunos de sus miembros podrían continuar el antecedente de don Lázaro Carreter en su serie «El dardo en la

palabra», para enseñarnos a incorporar los neologismos necesarios y convenientes con aire autóctono.

También los comunicadores que utilizan con frecuencia la tribuna de la prensa, la radio, la televisión, tienen una responsabilidad social enorme en el buen o mal uso del español, al ser leídos y escuchados por millones de personas. Por eso, no deberían promocionar vocabulario importado del área anglosajona, comenzando por los títulos de programas como los *Reality show*.

Nuestro ilustre académico Rafael Lapesa, en su reciente noventa aniversario, acaba de afirmar: «El inglés nunca logrará arrinconar al español». Seguramente, no del todo. Pero habría que poner en marcha recursos eficaces para que lo arrinconara lo menos posible.

En Alemania nos están dando ejemplo con la movilización de las asociaciones en defensa de su lengua y contra la irrupción de palabras inglesas en el lenguaje cotidiano, que dan lugar al llamado «denglish» (deutsch-english: alemán-inglés). La creación en 1997 de la Asociación de Defensa de la Lengua alemana tiene como objetivo luchar «especialmente contra la colonización del alemán por el inglés» y contra los que importan «novedades lingüísticas del otro lado del Atlántico». Catedráticos de universidad se han sumado a la iniciativa de frenar «la decadencia galopante de nuestra lengua materna hacia una algarabía cruzada por palabras inglesas» y procurar que «el alemán no sea violado por el inglés».

Una iniciativa concreta de la Asociación de Defensa de la Lengua alemana es la de otorgar anualmente el título de «Saboteador del idioma» a cuantos se atreven a deteriorarlo públicamente.

¿No se podría pensar en algo parecido entre nosotros, para «premiar» a personas, medios y entidades, que maltratan el español? Por ejemplo, a esa cadena de ropa, que anuncia sus Rebajas de febrero con esta joya: «Man»... «Woman»... y detrás las prendas en oferta para hombres y mujeres. O a esa inmobiliaria que titula la venta de la segunda vivienda: «Second House». O a esos comentaristas deportivos que hieren diariamente nuestros oídos con locuciones inglesas como «jugar el *play off*», «ganar el *derby*», entrar en el torneo *four*», «devolver con un *drive*», «entrar en el *open*» y otras lindezas por el estilo.

Pero la aplicación del lema de la RAE, «Limpia, fija y da esplendor», a la pureza del español no debería quedarse en los medios para evitar la colonización del inglés, buscando palabras equivalentes en español (¿qué necesidad tenemos del *dossier*, si existe informe?, ¿es preciso utilizar *disc jockey* y *week end*?). Habría que empezar por el buen uso de nuestra lengua, porque éste es un capítulo muy amplio, que merece la atención de todos.

En la utilización de los verbos castellanos hay una tendencia a emplear como transitivos verbos que son intransitivos. Por ejemplo, ahí tenemos el uso diario del verbo CESAR (intr.) con complemento directo: «Cesar a alguien», cuando lo correcto es que «Uno cesa», pero NO es cesado. Para eso tenemos el verbo DESTITUIR a alguien.

Por ejemplo, ahora ha entrado la moda de CIRCULAR el balón, no en el sentido de que «el balón circula» (correcto), sino en el incorrecto de «el equipo circula el balón» (por hace circular). Así también se usan otros verbos como FLOTAR (intr.), CALLAR (intr.) con complemento directo «(Re)Flotar una empresa» (incorrecto), en lugar de «Hacer (re)flotar», «Callar a alguien» (incorrecto), en lugar de «Acallar o hacer callar», etc. ¿Y qué decir del constante mal uso de «detentar el poder» (= ilegítimamente) por «ostentar»? Nuestras maltrechas Humanidades deberían empezar por enseñar a los estudiantes de todos los grados el buen uso del idioma español. Si no se domina la lengua, ¿cómo saborear la literatura española, clásica y moderna, y la hispanoamericana, tan ricas en cantidad y en calidad?

En una entrevista reciente (13-02-98), el académico Rafael Lapesa afirma: «Yo creo que el español de Iberoamérica es el futuro. Allí hacen una creación y logran una riqueza constante de nuestra lengua. Nosotros, desde España, debemos estar atentos a ese constante crecimiento, tanto en el habla como en la literatura». Y añade: «La lengua española no puede quedarse en una lengua de historia ilustre, sino de actividad actual, al tanto de los cambios de la sociedad, de la ciencia y el pensamiento de dentro y fuera de España. Los españoles debemos atender más a la producción literaria e incluso a las formas generales de uso del español de América».

Conclusión

COMO solución para los periodistas y demás comunicadores, y al alcance de cualquier fortuna, está el acceso al Diccionario de la Lengua, al Diccionario de Dudas (por mínimas que sean las que tengamos) y a otros Diccionarios de sinónimos y de frases para enriquecer nuestro vocabulario, cada vez más pobre y empobrecido. Tampoco iría mal el recurso al Diccionario Etimológico para saber el origen de las palabras, normalmente procedentes del latín y del griego.

A propósito del latín, ¿tan difícil es saber que *documenta* y *separata* no son femenino singular sino neutro plural? ¿Tan complicado es deducir que si *referendum* es neutro, su plural es *referenda* y no referendums? ¿Tan imposible es

decir y escribir «bendición *urbi et orbi*» (a la urbe (de Roma) y al orbe (mundo), y no *urbi et orbe*, como se dice y escribe habitualmente? ¿Por qué caer en el error constante de escribir y pronunciar *libido*, cuando en latín es *libido*? ¿Por qué cometer la incorrección incomprensible de decir «el Insálud», cuando se debe pronunciar «el Insalud» como salud y por significar In(stituto de la) Salud? ¿Por qué decir *Sanítas*, siendo el latín *Sánitas*, como *Cáritas*, *Véritas*, *Bónitas*?

Por su parte, la Real Academia de la Lengua, además de crear la Comisión Preventiva para adelantarse a los anglicismos que nos van a llegar, habría de actuar con mayor celeridad para admitir neologismos impuestos por la práctica, al no tener equivalentes propuestos en español. Por ejemplo, en la última edición del Diccionario de la RAE se consagra el término «enculturar», cuando el término utilizado por todo el mundo desde hace años es el de «inculturar». O se admite de derecho lo admitido de hecho, o se reacciona antes para que la gente pueda utilizar la forma más correcta. Ni basta que el director de la Real Academia de la Lengua, Fernando Lázaro Carreter, asegure que «el enemigo del castellano es la enseñanza actual» (23-III-98). Hay que instar a las autoridades académicas para que lo remedien en las aulas.

No se trata de una cuestión menor ésta de proteger nuestra lengua, común a 300 millones de hispanohablantes, frente a la colonización del inglés, cuya omnipresencia en todos los frentes —económico, científico, técnico, mediático— lo está convirtiendo en lenguaje universal. Si hay que saber inglés, no ha de ser para plegarse a la cultura anglosajona, sino para poder plasmar según la idiosincracia del español —de origen latino— los hallazgos de EE.UU., la mayor potencia del mundo actual.